

Gil Robles

El «viejo león», el veterano luchador, por fin, parece haber tirado la toalla. En algún momento del acto —ocho días atrás— en que anunciaba esa dimisión el presidente de la efe-pe-de, uno diría que llegó a emocionarse. Pero se superó con un rasgo de humor, con una frase irónica de las que siempre le caracterizaron. Como por ejemplo: «Quiero siquiera una vez desmentir eso de "antes morir que dimitir". Yo dimito antes...». O bien: «A mi no me parece mal que los Ministros puedan presentarse a las elecciones, pero me parecería mal que quisieran hacerlo en coche oficial...».

Don José María, con este ingenio y las correspondientes «puyas», hace sonreír a sus interlocutores. Hace sonreír, en primer término, a su hijo José María Gil-Robles y Gil-Delgado, o simplemente, el señor Gil-Robles «hijo», secretario general de la misma Federación de partidos gilroblistas, excedistas, popular-democráticos.



—Es cierto entonces, don José María, que duerme usted mejor después de dimitir?

—Muchísimo mejor.

—(Y ya está. Una pregunta con la que podría explayarse don José María queda resuelta en seis sílabas, seis; en dos palabras, dos. El periodista empieza a temer que se trata de una entrevista difícil...)

—Es una preocupación menos...

—Desde luego.

—Pero, de verdad, ¿era tan preocupante como para quitar el sueño ser presidente de la Federación Popular Democrática?

—No por el puesto de presidente, sino que cualquier señor que en política tengo hoy, a mi juicio, la atención de un partido, las responsabilidades de su partido, o es un inconsciente, o no duerme tranquilo...

—Hoy, en esta hora...

—En esta hora.

—Eran ya cuarenta años...

—Sí; llevaba cuarenta años en la lucha.

—¿En la lucha?

—Claro.

—Una lucha que antes se llamó CEDA...

—Primero, CEDA. Después, destierro. Después, el partido actual.

—¿Y cuál ha sido la etapa más prolongada de esta síntesis biográfica?

—El destierro.

—¿Cuántos años fueron?

—Veinte.

—¿Dónde estuvo?

—En Portugal, Francia y Suiza.

—¿Y qué recuerdos guarda, cuarenta años después, de la CEDA?

—Los de una masa muy buena, con una extraordinaria lealtad, espíritu de sacrificio. que ha sido objeto de una

parte de una grandísima parte también de la sociedad española.

—Todavía ahora, cuando se recuerda al líder de la CEDA, suele rememorarse su «slogan» de «Jefe, jefe...»

—Así es. La gente es muy libre de recordar lo que le da la gana. Parece que quienes quieren recordar lo de «Jefe, jefe» desean obligarnos a olvidar a la gente que ha estado gritando tantos años «Caudillo, Caudillo».

—Pero aquel grito no deja de ser auténtico, era cierto...

—Lo llamaban, sí. Pero era por un consenso, no por una imposición. Porque ninguno de los que a mí llegaban a aclamarme, con mayor o con menor justificación, recibía dinero ninguno. No venían por ningún interés, sino que venían con entusiasmo.

—¿Pero aquel grito no suponía la existencia de ninguno de los «estigmas», de los modos que se llevarían luego en la Alemania nazi o en la Italia fascista?

—Absolutamente nada. No sabe usted la cantidad de anónimos que yo tenía, insultándome por no ser fascista.

—Y ahora, ¿qué pensamientos le sugiere la lectura de esas insinuaciones, de esas críticas a aquellos años?

—Pues de bastante indiferencia. Pero no me voy a dar un mal rato. ¿Por qué me lo voy a dar...?

DEMOCRATA SIEMPRE

—José María Gil-Robles, ¿ha sido demócrata siempre, toda su vida?

—Toda la vida. Desde el primer momento hasta el último.

—¿Con disgustos y satisfacciones...?

—Con un diez por ciento de satisfacciones y un noventa por ciento de disgustos..., de contrariedades...

—¿Tanto desequilibrio?

—Sí... Mire usted: la política, si se toma como un oficio, para ganar dinero, para vivir bien, para triunfar en la vida, puede dar un porcentaje muy alto de satisfacciones y de otras suertes. Si, en cambio, la política se concibe como un deber, el porcentaje de satisfacciones es muy pequeño.

—¿Y a usted no le ha dado dinero la política?

—Me ha quitado muchísimo.

—¿Era usted rico?

—No es que fuera rico; pero tenía un despacho entre los diez primeros despachos de Madrid cuando empecé en la política, y después, ya en el extranjero, he tenido que hacer traducciones para poder dar de comer a mis hijos, a mi familia.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Seis.

—¿Cuántos de ellos en la política?

—Pues, prácticamente, todos.

—¿Es hereditaria?

—No es porque yo se la haya inculcado, sino porque ha nacido como un convencimiento en cada uno de ellos.

—No falta quien vea algo extraño en considerar que, llamándose Gil-Robles el presidente, se llame también Gil-Robles el secretario general del mismo partido...

—Pues no es extraño, por una razón: porque han sido los mismos socios los



“ La CEDA nació en unos momentos en que el problema religioso era el problema candente y, por tanto, las luchas religiosas tenían un carácter predominante ”



senor ex-presidente

“ Mis ideas son prácticamente las que
enía en los años 30, adaptadas
a las circunstancias actuales ”

“ Hoy, el problema
principal es hacer
triunfar una
democracia
que no existe ”



“Veo muy difícil, pero posible, la unidad de la DC a medio o largo plazo”

“Como cada día se encuentra uno con un nuevo partido, estamos ya en una cosa que rebasa los límites de lo cómico para entrar en la caricatura”

perfectamente democráticas, que yo he tenido buen cuidado de ni siquiera presidir, para que nadie me pudiera tachar de que yo lo imponía.

—¿Vale mucho, entonces?...
—Un padre no lo puede decir. Los que lo tienen que decir son los electores...

HUMOR Y SALUD

—El sentido del humor de don José María Gil-Robles es proverbial...

—Es lo que me defiende de muchas contrariedades, que, de otra manera, se convertirían en momentos graves. Yo prefiero tomarme muchos asuntos por el lado humorístico de la vida, y son pocos los que no tienen ese lado...

—Eso podría denominarse socarronería salmantina. ¿Cómo lo llamaría usted?

—Pues, una adaptación a la vida.

—Pero, ¿lo da el carácter de su tierra natal?

—No. Mi tierra más bien es una tierra seria, de gente más bien retraída en sus juicios, poco extravertida... Yo tampoco soy demasiado extravertido. Pero no tiene un sentido muy profundo del humor. Ya sabe usted que las cosas hereditarias dan muchísimas sorpresas. Yo no podría decirle si entre mis antepasados remotos había algún señor humorista. No se lo puedo decir...

—¿Cómo está de salud, don José María? Porque ronda ya los ochenta...

—No, no. Añaden ustedes siempre algunos años. Yo he cumplido los setenta y ocho en el mes de noviembre pasado.

—Eso no niega que esté ya próximo a los ochenta...

—A los setenta y nueve antes...

—¿Y cómo está de salud?

—Admirablemente. Es una de las cosas que más tengo que agradecer a Dios. Una salud y una capacidad de trabajo como si tuviera veinticinco años.

—De modo que no es la salud lo que le ha forzado a dimitir...

—No, no, no. De ninguna manera. De salud, nada.

—Y el cansancio físico...

—Tampoco. No sé lo que es el cansancio.

—¿Y el cansancio moral?

—Tampoco.

—¿La desunión de los democristianos no le produce esa clase de fatiga?

—No. Lo que he querido es apartar un pretexto que se alegaba para que los cristiano-demócratas no se unieran. Yo he querido quitar ese pretexto para que no haya traba alguna por esa parte. Para que no se pueda poner esa disculpa.

—Una disculpa, una alegación, que usted rechaza como carente de razón...

mi, subjetivamente, yo no era un oscúculo. Pero basta que lo fuera objetivamente para otros para que yo me quitara de enmedio.

LOS «DECES», DESUNIDOS

—¿Quién es, de verdad, el primer líder de la Democracia Cristiana española: usted o el señor Ruiz-Giménez?

—Yo huyo de toda clase de comparaciones.

—¿No quiere pronunciarse?

—No quiero pronunciarme.

—¿A qué cree usted que se debe la existencia de un número tan elevado de grupos de ideología democristiana o autotitulados democristianos?

—Porque la Democracia Cristiana no cabe duda que representa en el mundo una tendencia muy fuerte. No solamente en Europa occidental, sino incluso en los países de América. Incluso en aquellos que están bajo la dependencia comunista existen grupos democristianos. Todo eso le da a la Democracia Cristiana un gran prestigio. Y ese prestigio es algo que incluso tratan de conseguir aquellos que ni siquiera creen en la Democracia Cristiana... Porque se quieren aprovechar de una «marca de fábrica» —llamémosla así— muy acreditada.

—¿Pero los democristianos es preciso que sigan siendo cristianos practicantes, católicos? ¿Lo son?

—Mire usted, estos partidos son demócratas ante todo. Y de una inspiración cristiana. Luego, en el orden individual, cada cual allá con sus ideas y con su conciencia, de la que no tiene que dar cuenta a nadie, al menos en este mundo. Tiene que dársela a Dios.

—¿Usted está de acuerdo con la tesis de monseñor Tarancón sobre la conveniencia de que los partidos no lleven el apellido de católicos?

—No solamente estoy de acuerdo, sino que en eso soy algo precursor. Cuando yo fundé y desarrollé la CEDA hubo bastantes personas que trataron de convencerme de que le colocáramos una denominación cristiana o católica. Y no. La CEDA era la Confederación Española de Derechas Autónomas... Nada más.

—¿José María Gil-Robles ha permanecido siempre en esa «derecha autónoma»? ¿Ha sido siempre un hombre de derechas?

—De una derecha... Depende. Mire usted. Hoy se ha trastornado todo. Hoy se llaman de derechas gentes que antes se considerarían como los peores izquierdistas, no por sus ideas, sino por sus costumbres. No por los ideales que dicen que defienden, sino por los procedimientos que utilizan. De modo que yo, con esa derecha, no quiero ni tengo nada que ver ni tipo alguno de contacto. Por otra parte, por la izquierda hay muchas personas con las que ideológicamente no estoy ni puedo estar de acuerdo... Por consiguiente, estoy en una posición media, de equilibrio, procurando significar ese conjunto de ideas que eviten que España se divida ideológicamente en núcleos irreconciliables. Eso lo dice un miembro de la Democracia Cristiana, ¡eh!, que no tiene ya sobre sí ni la más pequeña parte de responsabilidad.

—Sin embargo, en los últimos años usted ha aparecido, en no pocas ocasiones, en posiciones de izquierda...

—Mire usted: no me importa. A mí no me importa que se me haga aparecer de una manera o de otra. Yo lo que quiero es ser fiel a mis ideas, que siguen siendo las mismas...

—¿Las mismas de los años treinta?

—Prácticamente, las mismas, adaptadas a las circunstancias actuales. Porque los problemas cambian. Lo que hay que tener en política son unas ideas muy claras en lo esencial, que permitan no desviarse de un cauce básico y luego poder aplicar a cada uno de los problemas concretos aquellas normas que exige la evolución de la vida.

—¿Cómo ha evolucionado la CEDA hasta convertirse en la FPD?

—Mucho. Porque la CEDA nació en unos momentos en que el problema religioso era el problema candente y, por lo tanto, le daba a las luchas religiosas un carácter predominante. Y en cambio, hoy, el problema predominante es hacer triunfar una democracia que no existe. Y, por lo tanto, lo que interesa a nuestro grupo es fun-



—¿Se ha hecho aquella CEDA, hoy FPD, más progresista socialmente?

—Va evolucionando al compás de los tiempos. Y consiguientemente va haciéndose cada vez más progresiva en ese sentido que usted dice. Pero no porque antes fuera regresiva, sino porque evoluciona al contacto de una realidad que cambia de día en día.

—¿Usted estaría dispuesto a invitar a su partido, en aras de esa unidad democristiana que preconiza, a fusionarse y quedar aglutinado en otro partido?

—Yo, como ya no dirijo el grupo, dejo que sus elementos directivos tracen las líneas de la política del partido. Y cuando se convoquen los Congresos actuaré como uno de tantos exponiendo mi opinión. Si es que creo que es necesario exponerla...

—Pero una invitación de don José María tendría un valor excepcional...

—Pero si yo me he marchado de la presidencia precisamente para hacer posible una fusión o una entente más estrecha con esos partidos... ¿Qué más llamamientos o invitaciones puedo hacer?

—¿Ve usted posible, probable, esa fusión, esa unidad «decé» a medio o largo plazo?

—La veo muy difícil, pero posible.

—¿Por razón de los personalismos existentes o por las diferencias ideológicas?

—Las diferencias ideológicas entre los grupos son muy pequeñas.

—¿Entre todos los grupos democristianos son pequeñas?

—Muy pequeñas.

—Desde UDE.

—Es que yo a ese grupo no lo considero democristiano.

—¿Y a cuáles sí considera?

—Yo ya le he dado a usted un caso negativo. Los demás, para qué hablar, si cada día surge uno.

—Repasemos uno a uno: ¿Considera democristiano auténtico al Partido Popular Demócrata Cristiano?

—Sí.

—De modo que el único que excluye es UDE.

—Sí.

—¿Solamente a UDE?

—Hasta ahora no la considero demócrata-cristiana. Pero, le repito, mire usted, como cada día se encuentra uno con un nuevo partido, estamos ya en una cosa que rebasa los límites de lo cómico para entrar en la caricatura.

EL SARAMPION DE LAS SIGLAS

—Pero usted también ha colaborado a esta situación. También ha plantado y regado su propia sigla.

—No, si esas siglas estaban mucho antes, mucho antes de que se crearan todos éstos... El mío existía desde atrás. Existía ya en la clandestinidad.

—De cualquier forma, parece evidente que después de unas elecciones quedarán cinco o diez.

—No sé los que quedarán, pero en estos momentos se aproximan ya a cien. Y amenazan con llegar a ciento veinte o a ciento cincuenta. Si ya ha aparecido un Partido Cantonalista en Cartagena. Ya el «¡viva Cartagena!» es una realidad.

—¿Qué piensa de tal proliferación?

—Que no lo haría mejor el peor enemigo de la democracia.

—¿Cree usted que exista alguna

como se la hubiera...

—¿Y ve remedios?

—Dejar que pase el sarampión. Es algo natural.

—¿El sentimiento y definición de monárquico ha sido una de las constantes del señor Gil-Robles?

—Eso no es absolutamente exacto. Yo no soy un monárquico. Yo soy un accidentalista. Creo que la forma de Gobierno mejor es aquella que en un momento histórico dado mejor puede encauzar la vida de un país. Creo que durante estos años se ha demostrado que la Monarquía tiene mayores posibilidades de encauzar bien esos problemas. Y, por lo tanto, creo que debo apoyarla. Pero no porque me considere sustancialmente monárquico, sino porque soy un accidentalista que me pliego a la realidad.

—¿Cree que es una postura en la que se encuentra la mayor parte del país?

—Pues, no lo sé. Porque el país muchas veces grita, porque lo llevan a gritar... Otras veces, sí, va por su propia voluntad. Y no es fácil distinguir la diferencia. En una palabra, que hay una serie de constantes que se siguen dando.

—¿Quiere usted decir que el país no ha cambiado, no cambia?

—El país ha cambiado muy poco en sus aspectos externos. Internamente creo que sí. Pero me parece que el proceso actual no va a poner de manifiesto lo que hay en el interior del país.

—¿Por qué?

—Porque no hay tiempo. No hay experiencia. Ni posibilidad de desarrollar unos cauces democráticos. Yo creo que tendrán mucha más importancia las segundas que las primeras elecciones.

—No parece que le preste usted demasiada confianza a este proceso.

—Muy poca.

—¿Cómo lo hubiera querido, entonces?

—Con tiempo, sinceramente, y adoptando previamente una serie de medidas que el Gobierno no adopta, probablemente, porque no puede. O porque no se atreve. Por ejemplo, desmontar el aparato del Movimiento Nacional, que ocupa los puestos más decisivos en la vida organizativa.

—¿Tanta importancia conceden al «aparato»?

—Sí. No en balde ha estado arraigado durante cuarenta años y en la mayor parte de los pueblos de España. Y no hay tiempo ya de desmontar ese aparato. No hay ni tiempo ni acaso voluntad.

TRES INVITACIONES

—En los últimos tiempos he hecho usted tres grandes invitaciones: a la unidad de los democristianos y una doble sugerencia a todos los grupos del país.

—Sí; que se busquen soluciones económicas que salven una situación que se está haciendo cada día más grave y que se dieran las condiciones mínimas para poder hacer unas elecciones decentes.

—¿Y qué eco han merecido estos gritos de don José María?

—Pues, hasta ahora, escaso.

—¿Eso le baja la moral?

—No, no. Al contrario. Lo que me demuestra es que esas cosas somos muy pocos quienes las deseamos.

—¿Qué se debe exigir de un dirigente político?

—Que sea sincero, que sea desinteresado, y que esté dispuesto a sacrificarlo todo, comenzando por el puesto que ostenta.

—¿Usted cree que se dan esas exigencias?

—Yo, modestísimamente, procuro demostrarlo.

—Dijo usted que prefería dimitir antes de morir. ¿Le preocupa ya la proximidad de su muerte, don José María?

—No, no. La he visto de cerca más de una vez. No soy un valiente. No soy un cobarde. Hay profesiones en las cuales se dice que el valor se supone. A nosotros ese valor no se nos supone, sino que debemos demostrarlo. Y el valor es de dos clases: físico y moral. Yo he procurado, en la medida de mis fuerzas y sin pretender dar ejemplo a nadie, responder a esas dos exigencias: a la del valor moral y al valor físico. Y el valor moral exige un sacrificio continuo de los puestos en



“ Con esta proliferación de siglas no lo haría mejor el peor enemigo de la democracia ”

“ A un dirigente político se le debe exigir que sea sincero, desinteresado y que esté dispuesto a sacrificarlo todo, empezando por el puesto que ostenta ”

“ Determinados gestos procomunistas de algunas figuras de la DC no son más que imprudencias externas de convicciones profundas ”

ocupar dignamente más que si de ello se deriva un bien para la comunidad. Si lo que se deriva es un beneficio propio es absolutamente inmoral.

LAS ENEMISTADES

—¿Qué hace que Gil-Robles siga teniendo tantos enemigos?

—Pues, no lo sé. Probablemente, en muchísima parte, la sinceridad con que procedo.

—¿Simplemente? ¿No cree que puedan tener como razón esa supuesta culpabilidad suya en los orígenes de la guerra civil?

—Pues, no lo creo. Pero esas cosas siempre quedan. Esas calumnias y esas cosas siempre quedan. No hay cosa que tenga vida más duradera que la falsedad. Todavía hay gente que está diciéndome que yo en el año treinta y tres obtuve una mayoría parlamentaria. Y, o las matemáticas fallan, o yo no conseguí ni la cuarta parte de los diputados. Porque yo obtuve ciento quince, y la Cámara tenía cuatrocientos setenta y cinco escaños.

—Y esa CEDA-FPD, ¿cuántos podría obtener?

—Aquella CEDA no puede ser la misma. En primer lugar, porque, por motivos biológicos y naturales, ha desaparecido la inmensa mayoría de sus

miembros. Yo soy un resto de lo que fue... ¿A la FPD? Yo le daría... Mire usted, no se puede decir... No tenemos datos. A las pruebas hay que atenerse. Todos esos sondeos que se hacen son la mayor parte falsos. Se equivocan de medio a medio. Pero yo creo que la democracia cristiana, pura y unida, tendría, tal vez, el más alto porcentaje de votos del país.

—¿La democracia cristiana es típicamente «de derechas...»?

—Me molesta la palabra derechas.

—Conservadora, pues.

—Tampoco. Yo le llamaría una fuerza equilibradora de los extremismos.

UNA IDEOLOGIA FUERTE

—Algunas de las figuras de la democracia cristiana cree que se ha «izquierdizado» excesivamente?

—No, no lo creo.

—¿Ni siquiera con determinados gestos pro comunistas?

—Eso, más que nada, son imprudencias externas de convicciones profundas.

—¿Acaso revelan esos gestos que tales figuras deberían hallarse en otros grupos de ideología más izquierdista?

—No. Yo creo que sinceramente están bien donde están. Lo que pasa es

cido de que este país está por la democracia cristiana...

—Sí, sí...

—¿Más que por el socialismo, la socialdemocracia, el liberalismo...?

—Eso de la socialdemocracia es una invención de última hora, que no sé exactamente dónde se debe situar... En cuanto a los socialistas..., no tengo suficientes elementos de contacto con la masa obrera...

—Usted ha leído a Carlos Marx, naturalmente.

—Creo que soy de los pocos que lo han leído en España.

—¿Y le parece muy aprovechable?

—Muy aprovechable para muchas cosas, pero sabiéndolo depurar de todo el farrago de cosas puramente accidentales y transitorias que contiene. La mayor parte de quienes se declaran marxistas-leninistas no ha leído ni a Marx ni a Lenin. En las Cortes Constituyentes de que yo formé parte, alguien dijo en una ocasión que no había allí más que tres personas que hubieran leído a Marx: éramos yo, Besteiro y un catedrático sevillano.

—¿Se ha olvidado suficientemente el pasado como para poder hablar de una etapa nueva de vida española?

—Se ha olvidado bastante, pero yo preferiría que se hubiera olvidado más todavía. Cuando más se olvide, seguramente nos entenderemos mejor. Las nuevas generaciones, sí, desde luego, prefieren el olvido... Pero todavía quedan restos de las antiguas generaciones muy acogidas a los resabios que ha dejado la guerra civil.

—¿Y Gil-Robles sigue teniendo atractivo para esas nuevas generaciones?

—Pues no le puedo decir a usted. Me he encontrado muchísimas veces con que vienen a saludarme con muchísima efusión y con muchísimo cariño, y hasta con una cierta lealtad, quienes han sido hijos y nietos de antiguos colaboradores míos.

UN HOMBRE EN LA HISTORIA

—¿La Historia ha sido, está siendo, benévola para con don José María?

—Como la Historia se está haciendo todos los días, la actual no se puede llamar historia. La actual más bien son expansiones, en unas ocasiones, apologéticas, y en otras, nutridas de errores... De modo que eso no vale para llamarse historia.

—Parece excesivamente pesimista, señor Gil Robles, su juicio, en relación con el que otros dirigentes políticos expresan acerca del actual proceso de democratización, o de la actitud del Gobierno.

—Yo no soy pesimista. Yo quiero ser realista. ¿Derrotista? No, no. A mí lo que me parece derrotista es ese optimismo, muchas veces necio, que se empeña en decir que todo es color de rosa. Y no lo es. El color de rosa se puede apreciar, sobre todo, al amanecer. Después, ese color va cargándose de tintas más o menos espesas, o de luz más o menos cegadora que no permite ver bien las cosas.

—A usted parece haberle invitado su partido a encabezar sus listas por Salamanca. Si se presentara y resultara elegido, ¿qué haría en el Congreso? ¿Qué urge hacer en las nuevas Cortes?

—Lo primero, que se ordenasen orgánicamente. Y mentalmente. Y que se dispusieran a hacer una Constitución democrática. Cosa que, dada la ley aprobada por referéndum y la posible composición de las Cortes, me parece casi imposible.

—Aún no existe acuerdo pleno de que esas Cortes vayan a ser constituyentes...

—Las Cortes debieran ser constituyentes. Pero, tal como se han proyectado y tal como se han aprobado por decreto y tal como se van a desenvolver, es posible que no consigan hacer una democracia. Una constitución democrática... Que no, que no soy pesimista, como usted dice. Soy realista.

—Pero, ¿no cree que el país tiene mayores esperanzas que usted?

—Yo estoy dispuesto a conceder todos los márgenes de esperanza que sean necesarias. Pero como, por otra parte, mi juicio tiene cada vez menos valor, no tienen ustedes por qué pre-

te de un partido hasta los setenta y ocho años...

—No, nada común. Usted tiene que pensar que han concurrido tres factores: primero, que empecé muy joven; segundo, que procuré ser muy sincero y muy sacrificado desde el primer momento. Y en tercer lugar, que en el pueblo español hay una masa tan sana, tan leal, que no es capaz de traicionar.

BALANCE A LOS SETENTA Y OCHO AÑOS

—¿La política le ha hecho ser austero?

—Nunca he sido lujoso.

—¿Le ha exigido muchos sacrificios?

—Económicamente, enormes sacrificios. De trabajo, en la vida cotidiana, también.

—Pero ha disfrutado, le ha gustado hacer lo que ha hecho...

—Estoy satisfechísimo de hacer lo que he hecho. Ya les he dicho a mis hijos que creo que lo único que yo les puedo dejar es un nombre limpio.

—Y algunas Memorias más...

—Es posible.

—¿Las está escribiendo ya?

—Tengo tantas cosas que escribir que no tengo tiempo. Este despacho de abogado no me deja. Yo sigo al frente del bufete, dedicado intensísimamente. Trabajos de toda clase, en cuya solución me ayudan una serie de abogados, pasantes. Pero la responsabilidad de buena parte de los asuntos sigue siendo mía.

—¿Y por qué capítulo va de sus Memorias?

—Tengo materiales acopiados para dos o tres tomos. Son los años que podríamos llamar de visión de España desde el destierro.

—De modo que le falta muchísimo para ponerse al día...

—Muchísimo.

—¿Cómo titularía esos últimos años de participación política en primera línea?

—Como espectador de una desgracia en cuya modificación no pude intervenir. Esa desgracia pervive, desde luego.

—¿Se atrevería a vislumbrar futuro más agradable?

—El futuro es muy contingente y las profecías son siempre muy arriesgadas, sobre todo en política. No, no quiero ser pesimista... Lo que no creo es que haya que darles a los españoles la sensación de que todo está ya resuelto. La gente creyó que en el momento de la muerte del general Franco iba a haber una conmoción. Que no se ha producido, por fortuna. Yo he dicho, lo había dicho mucho antes, que los problemas vendrían mucho más tarde. Problemas económicos, problemas sociales. Y, claro, como estamos ahora en una etapa en que no se ha resuelto a fondo ningún problema, salvo problemas accidentales, el fondo está todavía sin tocar.

—¿Y piensa usted que esa serie de problemas van a forzar a mucha gente a añorar el pasado?

—Habría siempre gentes que añoren la etapa anterior, porque para ellas era la etapa de sus beneficios personales o de la cobertura de sus riesgos. Creo que el Gobierno tiene grandes méritos a su favor y que serían muchísimo mayores cuanto más sincero fuera en el desenvolvimiento de sus funciones.

—¿Usted añora los años treinta?

—No. Aquellos tiempos tuvieron sus enormes dificultades, sus enormes problemas, sus injusticias, pero, desde luego, fue peor el período que los siguió. Y ahora, los gobernantes actuales y los que vengan, serán los herederos de las consecuencias de ese tiempo.

(Va por la página siete el manuscrito que tiene sobre su mesa. «A su disposición», dice al despedirse. Le espera cualquier gran litigio, probablemente polémico, pero aún contesta a nuevas interrogaciones sobre su actividad profesional, expresidental...)

José CAVERO

(Fotos: Romero.)
(Caricatura: Carlos Viguera.)